

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EL VERDADERO RIESGO

SE ha puesto de moda decir entre los superexpertos que no es el alza del petróleo lo que ha provocado la crisis económica del Occidente europeo y que las verdaderas causas hay que situarlas mucho más allá; en el desorden monetario creado por la inconvertibilidad del dólar; en el clima general de inflación que venía azotando al mundo capitalista y en el alza de otras primeras materias que obligaban en todo caso a los países productores de petróleo a alinearse en los niveles altísimos creados por los demás.

Los argumentos parecen razonables, pero son en realidad una cortina de humo para ocultar la brutal realidad. Lo que ha servido de detonador a la crisis de Europa ha sido el multiplicar por cuatro el precio del petróleo crudo, procedente del Oriente Próximo, que suministra más del ochenta por ciento del consumo a las economías industriales occidentales. Con ello se ha creado un trauma de proporciones nunca conocidas en los años precedentes. Las reservas de oro y divisas han comenzado a fundirse a velocidad vertiginosa. Se calcula ya, en estadísticas solventes, los meses de resistencia que le quedan a Francia, al Benelux, a Gran Bretaña, a Italia, a Escandinavia, a España, hasta llegar al cero de sus reservas, vertiginosamente empleadas en pagar el crudo a sus nuevos precios.

La prosperidad del Occidente comunitario empieza a resquebrajarse rápidamente. Bajan la demanda y el índice de crecimiento; aumenta el desempleo; amenazan quiebras y suspensiones de pagos; flaquea la confianza en el porvenir; vacilan las inversiones; se aumenta el caos monetario; Europa duda y no acaba de decidirse; algunos quieren salvarse solos —como si ello fuera posible en el cataclismo general— y, mientras tanto, una gigantesca acumulación de medios de pago monetarios, casi setenta mil millones de dólares, pasan a manos de unos pocos países, de unos pocos gobiernos, de unos pocos gobernantes que van a tener en su poder el manejo libérrimo de esa enorme suma, instrumento que puede destruir la economía monetaria del mundo capitalista si se emplea irresponsablemente, arbitrariamente o intencionadamente, para fines de alteración política que abran en la maltrecha economía de Europa, portillos y cabezas de puente, capaces de agarrar en momentos decisivos algunas de sus industrias claves, incluso las de índole paramilitar.

LA CRISIS

¿Qué extraña situación! ¿Qué misterioso proceso! Se nos dice —se nos quiere hacer creer— que los que han provocado el alza repentina y el desconcierto general son gentes amigas y llenas de comprensión que no desean en modo alguno que el Occidente se arruine y que la prosperidad industrial europea desaparezca y que, por el contrario, desearían fijar el límite de sus aspiraciones en unos precios que no supongan la catástrofe para los compradores. Mas, ¿ello es cierto? Por ahora no aflojan, sino que aprietan con nuevos aumentos el dogal del cuello del viejo continente, que tardará años en efectuar su reconversión energética, si es que para entonces no ha perdido ya la primacía tecnológica por efecto de un largo período de signo adverso.

«¿Cui prodest?» ¿A quién beneficia, a quién conviene el hundimiento de Europa? ¿A quién puede interesar una decadencia de la prosperidad creada al amparo del neocapitalismo occidental con su inevitable secuela de paro masivo, malestar laboral, angustia social y clima generalizado de tensiones clasistas? ¿Habrá que explicitarlo? ¿No hay una gran potencia nuclear euroasiática que contemplará friamente el desenlace pensando en qué medida puede sacar provecho inmediato y ventaja a plazo más largo de la Europa desmoronada? Ya han empezado los dialécticos de ese mundo a tratar de analizar la crisis presente desde el ángulo de las contradicciones del capitalismo. Y se nos dice que lo sucedido no es sino el comienzo del desquite de los pueblos del Tercer Mundo que se yerguen contra la explotación de los países ricos en esta forma brutal e impensada. Pero, ¡ya tiene gracia que la Unión Soviética llame «Tercer Mundo de los oprimidos» a dos o tres docenas de emires, sultanes, monarcas absolutos, emperadores y dictadores religiosos fanáticos, que son los mayores clientes y depositantes, en monedas diversas, en los grandes Bancos norteamericanos y europeos del capitalismo internacional! Y que cuando su política de encarecimiento súbito del crudo deja a medio proletariado europeo a la intemperie, sin puestos de trabajo y con pocos recursos para hacer frente a la crisis, azuce bajo cuerda a los países productores a sabiendas de que su insistencia en subir los precios repercute directamente sobre el malestar social de los trabajadores del viejo continente. Y no digamos sobre los auténticos pueblos del Tercer Mundo, para los que el alza del crudo supone una catástrofe mucho

mayor por la debilidad congénita de sus economías deparadas.

Yo no sé si la crisis político-militar entre árabes e israelíes tendrá solución negociada que evite lo peor o se convertirá por enésima vez en conflicto abierto. Tampoco sé si ese conflicto, de estallar, se limitará a un espacio reducido como en anteriores ocasiones o lo arrastrará a otras zonas y con ello a otros poderes, al enfrentamiento. Lo que sí sé es que al margen del problema del Oriente Próximo, la amenaza que pesa sobre Europa es gravísima y que no parecen tener conciencia de su apremio, los responsables y dirigentes de la Comunidad. Las crisis económicas son, como ciertas enfermedades humanas, irreversibles, por el daño causado en tejidos o en órganos vitales, cuya recuperación, a veces, ni siquiera es completa y cuya convalecencia es larga, difícil y sobrealimentada. Si hoy, por un milagro, volviera el precio del crudo a un nivel razonable, digamos de alrededor de cuatro dólares por barril, el retorno a la normalidad no sería inmediato, ni mucho menos, y los daños causados tardarían bastante tiempo en restañarse. La crisis no se cura en un día.

Escribo estas reflexiones sin ánimo de crear un clima de inquietud, ni un estado de sombrío desasosiego, sino sencillamente para servir a la verdad. Crisis, hubo muchas, a lo largo de la historia humana, según demuestra la crónica de los sucesos. De una u otra forma fueron superadas, unas veces con violencia, otras con negociaciones, otras, las más, con el simple paso del tiempo, el más formidable de todos los instrumentos del cambio social y político de los pueblos y solucionador, silencioso y lento, de los grandes problemas. Pero, como escribía el recién desaparecido Walter Lippmann durante la tremenda crisis de 1929 en Norteamérica: «No es lo peligroso de una crisis, la magnitud y alcance de los problemas que comporta, sino que se pierda, dentro de una colectividad, la confianza mutua de los hombres entre sí y la esperanza de las gentes en aquellos que dirigen. Ese es el verdadero riesgo que pone en trance de perecer a las sociedades humanas. Ese es el escollo que es preciso, urgentemente, superar».

José M.^o DE AREILZA

DE ALGUN MODO...

NAVIDAD EN EL TREN

ESTE año he tenido que tomar el tren el mismísimo día 25: sólo un trayecto de cinco horas, pero en medio de la jornada. Eramos pocos en el viaje, desde luego. Ya se sabe: «Per Nadal, cada ovella a son corral», dice el dicho. No podía imaginar el rumor de innumerables, de infinitos comedores domésticos, donde las familias apaciblemente reunidas despachaban el menú de la festividad. Nosotros constituíamos la excepción. Y este «nosotros» va por los pasajeros y por los funcionarios del ferrocarril. Los funcionarios, sin duda, eran de compadecer: ellos, sin duda, por su gusto, habrían preferido quedarse en casa, con la esposa, los niños, la suegra, los cuñados, el novio de la hija mayor, ante unos guisos de pollo de granja, un champán indígena, y unos turrónes modestos. Y ante el televisor. Los demás...

Mientras nos acomodábamos, ya nos habíamos espiado mutuamente, y con poco disimulo. Recordé un viejo papel de Eugeni d'Ors: de cuando Eugeni d'Ors, «estudiante» —o estudiantón— en París, enviaba sus «glosas» a «La Veu». Xenius tituló su nota «El Nadal dels solitaris», o algo por el estilo. Nunca el señor Ors cultivó el género «sentimental», pero aquella vez el tema le desbordaba. Fue una Navidad suya, de restorán menor en la capital de Francia. Los comensales del día eran cuatro gatos, melancólicos al descubrirse exactamente cuatro.

Se miraban de mesa a mesa con una ambigua aprensión. Todos eran «solitarios», por una circunstancia u otra, y, en la fecha, no encontraban refugio sino en un lugar público y desabrido. No tengo a la vista el escrito de don Eugenio. Quizá deforme su descripción. En todo caso, resultaba una descripción más bien emotiva, amarga incluso. Sólo los «solitarios» irremediables acudían a un «bistrot» el día de Navidad. Y la imagen de la respectiva soledad les agravaba la angustia. Puede que, hoy, no sean escasas las familias que, para estas comidas rituales, vayan a un restorán. Son los cambios de los tiempos. Pero ¿y el tren? «¿Cómo se les ocurre a éstos salir de casa, un día así?», nos preguntábamos, cada cual respecto a los otros.

y «cada cual», en definitiva, tendría su motivo. Igual que lo tenía yo. Tal vez una urgencia dolorosa, o un compromiso complicado, o un simple capricho. Mi caso pertenecía al orden del «simple capricho». No me obligaba ninguna necesidad. Ni sacrificaba nada con ello: «solitario» como soy desde hace años, tanto se me da la Pascua como la Trinidad, y todos los días de mi calendario son santos y buenos para lo que se presente. Otro, muy otro podía ser el caso de mis compañeros de ruta. Observé algunos con evidentes síntomas de mal humor, y no faltaba quien se esforzase por aparentar lo con-

trario, y en la barra del bar trataban de charlar con el camarero y con el vecino de taburete. Todos se sentían «solos», con un plus de soledad, por el hecho de circular en tren aquella tarde. Por suerte, los villancicos que nos proporcionaban los altavoces del coche eran básicamente gitanos, y nadie pareció inmutarse.

Pasé el rato leyendo revistas humorísticas y resolviendo crucigramas. Pero ¿y qué queda de la Navidad, de momento y en última instancia? El clero —de obispos a vicarios de parroquia— podría dar la respuesta. Aunque la verdad es que tampoco todo depende de la llamada «desecristianización de las masas». Las inercias de la «costumbre» pesan mucho, y quizá nos hallamos ante la perduración de la Navidad sin demasiado contenido religioso. Al fin y al cabo, la fiesta ha pasado a manos de la industria y el comercio, y los interesados en tales materias no están —y menos en plena «crisis»— dispuestos a que se pierda una excusa importante de compra: de las más importantes que ofrece el almanaque. De hecho, cabe la posibilidad de que todo acabe en una Navidad sin Cristo —o casi—. No habría de sorprendernos. Pensemos, por ejemplo, que tras la pura inanidad de los nombres de los días de la semana —de cuatro o cinco, aproximadamente— subsiste la mención reverencial de un dios pagano, y eso después de muchos siglos de haber olvidado al Olimpo

entero. ¿Qué son para nosotros, Marte, Júpiter, Mercurio, Venus? Y ahí los tenemos incrustados —fósiles— en la terminología cotidiana...

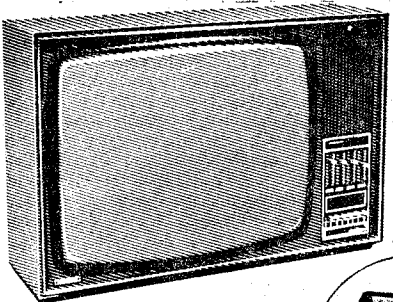
Sea como fuere, y a pesar de los pesares, la sociedad occidental sigue conservándose bastante cristiana. No niego que los temores episcopales acerca de los progresos del «indiferentismo» pequen de infundados. Pero Cristo, evidentemente, continúa siendo «sugestivo». Más que Lenin, por supuesto —y es una manera de señalar—, si a las estadísticas posibles hubiéramos de atenemos. Que tal adhesión a Jesús pertenezca o no al ámbito de una fe o de una iglesia, es asunto diferente. Y no me refiero sólo a las modas últimas, de espectáculo musical «juven», que han dado un curioso bisel a la indudable inclinación tradicional y mayoritaria. Las cosas están así, y hay Navidad para rato.

Al llegar a la «estación-término» ya anochece. La ciudad, cumplido el trámite de visitas, estrenas y gastronomía, propio de la liturgia folklórica, tenía el aspecto vivaz de una conmemoración profana. Las gentes hacían cola ante los cines, llenaban las discotecas, miraban escaparates, tomaban copas en los bares. ¿Profana? «Puer natus est...». De algún modo, y sin quizá darse mucha cuenta de ello, celebraban la Natividad de Jesús.

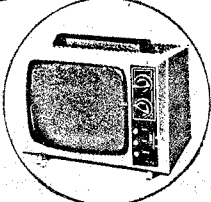
Joan FUSTER

¡¡ OFERTA CON GANCHO !!

COMPRE AHORA SU TV EN COLOR
ELBE KÖRTING



Y LE OBSEQUIAREMOS
CON UN
TV PORTATIL



La técnica alemana
al mejor precio.
y además con
FACILIDADES de PAGO

OFERTA ESPECIAL PARA ESTAS FIESTAS
INFORMESE EN TEL. 3024991

COMERCIAL MEDITERRANEO
CONSEJO DE CIENTO, 331 BARCELONA
(Entre Rbla. Cataluña y Balmes)

UN BONITO REGALO DE NAVIDAD Y REYES

emco unimat

Hasta 12 operaciones distintas pueden realizarse en hierro, madera y plástico

14.250 Ptas.

- * Inicia una nueva profesión
- * Enseña a sus hijos un método didáctico
- * Necesario en todo hogar

Peso 10 Kg. Superficie de instalación 400x85 mm.

* TORNO	* SIERRA MARQUETERIA
* TALADRO	* EJE FLEXIBLE
* FREZADORA	* TORNO MADERA
* SIERRA CIRCULAR	* ACANALADORA (TUPI)
* RECTIFICADORA	* CEPILLADORA
	* AFILADORA

¡Solitee Folio Ilustrado n.º 1!

ORPI

Apartado de correos, 44 Tel. 390700 ZARAGOZA.

trenes eléctricos

Rodabolas

Avda. J. Antonio, 600 / Tel. 218 87 46

SAINT LAURENT

rive gauche

y

su director general en España

RALPH BENZAQUEN

desean a todos sus clientes

y amigos

UN FELIZ AÑO 1975